

II

Los gobiernos de Grecia.

43. LA EVOLUCIÓN DEL GOBIERNO.—En ningún período de su desenvolvimiento podemos fotografiar los antiguos gobiernos clásicos, ni podemos decir que poseemos un cuadro exacto de las costumbres políticas de Grecia ó de Roma. No podemos hablar adecuadamente de los gobiernos de Grecia y de Roma, sino en su evolución. Naturalmente, su historia no está completa en ningún período. Además, cada período de su desenvolvimiento, explica los procesos de que hasta aquí hemos tratado; los procesos que vinieron á modificar las concepciones primitivas del gobierno, tendiendo más y más á llevarlas hasta nuestros sistemas modernos. Nosotros podemos estudiar los gobiernos modernos como ellos son; mas para comprender sus formas actuales, es necesario conocer sus formas antiguas y medioevales, en los principales períodos sucesivos de su desenvolvimiento.

44. LAS PRESIDENCIAS PATRIARCALES: LEGISLACIÓN.—Podemos considerar los primeros gobiernos de Grecia desde Homero. Cuando se escribieron la *Iliada*

y la *Odisea*, la monarquía estaba universalmente establecida en el mundo griego. Pero no era la monarquía, tal como llegó á ser en los últimos tiempos del desenvolvimiento de la política clásica, y con la cual estamos más familiarizados. Era una monarquía de una especie, que luego no existió más. Sería más propio, empleando las palabras según su moderno significado, llamarla *Presidencia patriarcal* (*Patriarchal Presidency*). Los reyes de los cantos de Homero no eran, á menudo, los gobernantes supremos que dan leyes y que administran exclusivamente justicia á sus súbditos. Eran jefes nobles, más bien; «los primeros entre los iguales», presidentes de consejos de pares. La primitiva monarquía de Grecia, no estaba constituida por ciudades aisladas, como después las repúblicas, sino probablemente por grupos de comunidades que reconocían un gobierno común. El centro de ese gobierno era el consejo de los Ancianos (*Gerontes*), jefes de las familias nobles. El consejo sólo era «consejo del rey», porque se reunía al convocarlo el rey. Éste llamaba á sus pares á un festín. En el lenguaje moderno, diríamos que la mesa era la oficina del consejo. Los negocios del Estado se discutían entre el vino y las carnes, de una manera que sugieren el recuerdo del «Parlamento del tabaco» de Federico Guillermo, cuando los negocios imperiales se despachaban previas lacónicas frases entre el rey y los consejeros, en medio de la espesa atmósfera de humo proveniente de las pipas de los fumadores. Allí se originaban los proyectos y los planes de gobierno. Sin embargo, los planes prusianos rara vez se anunciaban formalmente, mientras que los planes griegos siempre se daban á conocer al público. El rey convocaba una asamblea del pueblo, esto es, una asamblea de las *gentes*, los miembros de parentesco inmemorialmente reco-

nocido, para oír la lectura de las decisiones de los ancianos. La presidencia de esta asamblea, como la presidencia del consejo, pertenecía al rey ó, más bien, al consejo mismo, tal como era, con el rey al frente. Los ancianos se sentaban alrededor del rey, ante los miembros reunidos de la tribu. El rey anunciaba los negocios que se debían tratar, y los nobles, si querían, hablaban al pueblo sobre ellos. No se votaba. La asamblea expresaba libremente sus sentimientos respecto de las opiniones expuestas por los nobles oradores, haciendo manifestaciones ruidosas de aprobación, ó desaprobando con su silencio: en las ocasiones críticas, no debía hacerse gran caso de esos sentimientos; la asamblea tenía que aprobar las decisiones tomadas por el consejo en el festín.

45. LA JUSTICIA DE LA TRIBU.—Así era la legislación griega antigua. Los procedimientos judiciales no eran radicalmente distintos. En algunos casos, sin duda, el rey administraba justicia por sí solo. Era generalmente el más rico, así como oficialmente el primero de los nobles del reino, y como tal, debía tener que juzgar muchas diferencias, suscitadas entre los numerosos miembros de su casa, cuando no los litigios entre otros. Pero la mayoría de los procesos entre hombres pertenecientes á diferentes grupos de familias, se juzgaban por el rey en consejo á presencia del pueblo, como si se tratase de asuntos públicos, teniendo cada consejero el derecho de emitir una opinión en su turno, y decidiendo públicamente por mayoría de votos.

46. PATRIARCA Y SACERDOTE.—He llamado á esta presidencia del rey en los negocios de Estado una presidencia «patriarcal», porque le pertenecía por derecho de herencia, como el primero de los ancianos, y por directa descendencia del primer noble preferido de su

pueblo. La familia, una vez elegida por los dioses para presidir el consejo y dirigir la guerra, no era frecuente que perdiese este puesto; y la sucesión usual, por primogenitura, era la forma ordinariamente seguida. Además, ese presidente rey, tenía otras prerrogativas típicas de una jefatura patriarcal. Era el gran sacerdote del pueblo, que ofrecía todos los sacrificios, y practicaba todas las ceremonias, que constituían la unidad familiar de la nación. Era el representante de la nación, en sus relaciones con los dioses. Era además el jefe en la guerra, representando la unidad del pueblo que presidía.

47. SEÑOR NO, JEFE.—Pero no pasaban de ahí las prerrogativas reales. Estas funciones presidenciales y representativas del rey de la primitiva Grecia, contenían la suma de sus poderes. Fuera de su presidencia en la legislación y en la administración de la justicia, de su función sacerdotal y de su jefatura en la guerra, tenía escaso poder. No había idea alguna distinta, de un lazo personal con el monarca por parte del pueblo en general. Recibía aquél presentes del pueblo, y tenía el usufructo del dominio público para su sostenimiento; pero todo eso le era dado más bien como padre y jefe representante de la nación, que como señor y dueño. Los servicios que se le prestaban eran voluntarios. No era el señor, sino el jefe de su pueblo..

48. EL Δῆμος, PRIMITIVO.—En cierto sentido el rey no era jefe de un *pueblo*. El δῆμος (*demos*) homérico no era un «pueblo», en el sentido moderno del término. No era una asociación de individuos, sino una asociación de *familias*, de familias que se habían hecho *gentes*, pero que vivían en parte en grupos semi-independientes, cada uno de los cuales tenía su propia aldea y vivía su vida cantonal aparte. El rey era el jefe de esta «casa» confederada, y el asiento de su autoridad era

la «ciudad», alrededor de la cual se concentraba la vida confederada (1).

49. LA «CIUDAD» ANTIGUA.—Esta ciudad era tan diferente como es posible de aquellos centros de población é industria que constituyen las ciudades de nuestro tiempo. Era además distinta de las ciudades griegas históricas, de las cuales Atenas puede ser tomada como tipo, y que servían de lugar de estancia real de las clases directoras de la población. La ciudad de los días de Homero contenía, sin duda, la morada del rey y de los sacerdotes que le asistían; pero fuera del rey y de los sacerdotes, con sus familias y servidores, pocos más vivían habitualmente allí. Era generalmente una ciudadela situada en un alto, y en la cual, en caso de invasión ó de amenaza de invasión, se refugiaban las familias confederadas que vivían en las comarcas cercanas. Contenía los templos de los dioses y era el lugar del culto común. Era también el mercado en el cual se concentraba el comercio del país. Celebrábanse en ella las fiestas, los sacrificios, los consejos, los tribunales y las reuniones armadas del pueblo. Pero no se desarrollaba allí su vida diaria. No había, en efecto, vida común, sino clases distintas. Cada «casa» era un organismo completo, independiente por sí mismo, con una existencia corporativa muy viva. «Tenía sus asambleas; dictaba leyes que sus miembros debían obedecer, y que la misma ciudad respetaba.» Estas asambleas estaban presididas por un jefe hereditario y sacerdote, juez y jefe militar de su casa—un rey, un jefe entre los jefes de sus ramas. En la *gens* reinaba la fraternidad más estrecha. Tenían un culto familiar común, sus fiestas re-

(1) Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, edic. ingl., página 137.

ligiosas, sus mansiones comunes para los muertos. Los miembros podían heredarse unos á otros, y eran, en definitiva, responsables de la conducta y de las deudas unos de otros. No podían acercarse ante otro tribunal que el de sus propios parientes. Constituían una sola familia bajo un gobierno doméstico completo.

50. DESENVOLVIMIENTO DE LA CONFEDERACIÓN DE LOS GRUPOS DE FAMILIAS.— La ciudad monárquica no se había originado directamente de una confederación de familias. Se había desenvuelto á través de una serie de combinaciones, las cuales, en sus funciones religiosas al menos, continuaron existiendo aun después de surgir la ciudad. Las *gentes* se habían unido primero para celebrar un culto común en *fratrias*. Por motivos análogos, éstas se organizaron en tribus. Y la reunión de las tribus fué lo que constituyó la ciudad. Cada fratria, y cada tribu, realizaba la idea de la familia, por el culto de los mismos dioses, y la elevación de algún héroe común, como un antepasado epónimo, y cada una llevaba un jefe á la presidencia y al sacerdocio supremo. Además, cada una de ellas conservaba sus asambleas y sus fiestas.

51. LA «CIUDAD» COMO CONFEDERACIÓN DE GENTES.— Aunque la ciudad fuese el escalón de confederación que venía después de la tribu, no eran las tribus ni las fratrias, sino las *gentes*, las que estaban representadas en el consejo del rey. Era aquélla, por decirlo así, como una inmersión de la organización política en la antigua fundación de la familia. En la ciudad la tribu continuaba siendo una unidad, desde el punto de vista del culto y de la organización militar; sólo la *gens* era la unidad de la organización civil. El ejército era un conjunto de grupos formados por las fratrias; pero el gobierno estaba constituido por las familias yuxtapuestas.

52. «La ciudad no era una reunión de individuos, era una confederación de grupos que existieran antes que ella y que persistían después. Nosotros vemos, según los oradores atenienses, que cada ateniense era miembro al propio tiempo de cuatro sociedades distintas. Era de una familia, de una fratria, de una tribu y de una ciudad. No entraba á la vez y el mismo día en las cuatro, como el americano, que desde el momento de su nacimiento pertenece simultáneamente á una familia, á un condado, á un estado y á una nación. «La fratria y la tribu no son divisiones administrativas. Un hombre entra en diferentes épocas de su vida en esas cuatro sociedades y, por decirlo así, se eleva de una á otra. Primero, el niño es admitido en la familia por una ceremonia religiosa que se verifica seis días después del nacimiento. Más tarde entra en la fratria por una nueva ceremonia... Por último, á los diez y seis ó diez y ocho años es presentado para ser admitido en la ciudad. Ese día, ante un altar y ante las entrañas humeantes de una víctima, pronuncia un juramento por el cual se obliga, entre otras cosas, á respetar siempre la religión de la ciudad. A partir de ese día, está iniciado en el culto público, y se hace un ciudadano. Si seguimos á ese joven ateniense, elevándose paso á paso, de culto en culto, tenemos un símbolo de los grados por los cuales ha pasado la asociación humana. La carrera que ese joven ha tenido que seguir es precisamente la que ha seguido ante la sociedad» (1).

53. LA RELIGIÓN: EL SACERDOCIO.—El fundamento de la composición de toda esta sociedad primitiva era su religión. Las funciones de padre, jefe y rey; las constituciones de la familia, *fratria*, tribu y ciudad, todo eso tiene por base profundas, concepciones religiosas. El padre era, ante todo, gran sacerdote de su casa; el jefe, ante todo, gran sacerdote de su fratria; el rey, ante todo, sacerdote de su ciudad. Las demás

(1) Coulanges, ob. cit., págs. 169-170.

funciones se desprendían de su autoridad religiosa más bien que se adicionaban á ella. La religión era la única causa, y la única sanción, de todo orden social en aquellos primitivos tiempos, como continuó siéndolo durante muchos siglos después, y los jefes religiosos eran, naturalmente, los gobernantes de la sociedad.

54. Una particularidad saliente de la religión de aquellos tiempos era la de que el padre, el jefe y el rey representasen á los dioses, con exclusión de todas las demás personas. Los dioses de una familia no eran jamás los de otra familia, los de una fratria ó ciudad los de otra fratria ó ciudad. Los dioses eran por aquellos días propiedad privada, no común, y eran una propiedad no enajenable. Todo gran sacerdote tenía, pues, un carácter particularmente sagrado y distinto, dentro del grupo del culto al cual presidía, y en ese carácter se contenían todas las demás prerrogativas. Era jefe de la religión de su grupo, y esta religión era la regla suprema de su vida. El sacerdocio sagrado del padre no podía transmitirse más que por sucesión natural. No se podía hacer el sacerdote, á menos que se hubiera nacido tal. Se podía acudir á la elección; pero esa elección, no podía ejercerse sino, lo más cerca posible, de la línea directa de la rama de los grandes sacerdotes. Había que seleccionar dentro de la familia elegida.

55. PRIMOGENITURA.—Porque se tenía de la magistratura civil la idea de que, era una autoridad proveniente de las funciones sacerdotales del jefe de cada grupo social, nos encontramos con la primogenitura regulando el orden de suceder cuando se trataba de conferir las funciones de anciano, jefe ó rey, y en virtud de esa misma concepción religiosa de la organización social, resultaba que cada magistrado, aun en la época posterior, en que los magistrados eran elegidos, ejercía

funciones sacerdotales, como si éstas fuesen el complemento ó sanción necesaria de su poder civil. El magistrado estaba siempre cercano á los dioses, era siempre su intérprete y servidor.

56. LA RELIGIÓN DE LA CIUDAD.—En todos los momentos la vida política de la ciudad habla de religión. Había un hogar de la ciudad en el *prytaneum*, sobre el cual ardía constantemente un fuego, consagrado á los dioses de la misma; allí se celebraban las comidas públicas, á las cuales asistían, si no todo el pueblo, á lo menos representantes, que acudían todos los días á partir la torta sagrada y á verter el vino consagrado á los dioses; el festín del consejo, al cual el rey invitaba á los Ancianos—núm. 44,—aunque también era un festín social, era, ante todo, una comida sagrada, una comida ritual que el rey presidía en cuanto sacerdote. Había fiestas en épocas dadas, en honor de las numerosas divinidades de la ciudad; el consejo se reunía siempre en un templo. La política era una religión.

57. DECADENCIA DE LA CIUDAD ANTIGUA.—Tal parece haber sido el primer universal modelo de la sociedad política completa en el mundo griego. Sin embargo, cuando esta sociedad se nos presenta en los cantos homéricos, ya está vieja y va próxima á su fin. Era ya el resultado lógico y completo del alargamiento desde la familia á la tribu, al que habían llegado otras edades de la vida humana antes. Venía á ser la verdadera consecuencia de esta larga serie de antepasados, una gran familia descendiente de una larga línea de familias. Pero cuando nosotros podemos percibirla por primera vez, el fin del Estado-familia puro está próximo. Una serie de revoluciones está á punto de cambiar la organización de la sociedad política.

58. Este cambio no se ha efectuado en todas partes

de la misma manera. Cambios análogos, sin duda, han debido verificarse en todas partes; pero la diversidad de las circunstancias, ha dado á los cambios una marcha distinta, y una forma diferente en las varias localidades. No hubo tanto un desenvolvimiento continuo, como una diferenciación. En su virtud, será lo mejor proseguir nuestro examen de las ulteriores modificaciones, y de la expansión de las instituciones griegas, estudiando separadamente las ciudades de Grecia, y es inevitable que las ciudades particularmente elegidas para este objeto sean Atenas y Esparta, tanto más cuanto que no tenemos noticias suficientemente precisas más que respecto de esas dos importantes ciudades.

59. LA CIUDAD ABSORBE SUS PARTES CONSTITUTIVAS — Cabe, sin embargo, señalar un primer proceso uniforme en todos los gobiernos de la Grecia histórica. La vida de la ciudad ha continuado en todas partes, pero el gobierno no persiste siendo cantonal. Se convierte en municipal. Una «ciudad» no era simplemente el centro de una confederación de cantones familiares, separados, por los cuales se extendía la vida real del pueblo. Esta vida había experimentado una grande y verdadera unificación. La ciudad no recibía ya vitalidad de los gobiernos familiares que la rodeaban, sino que, más bien, estos gobiernos vivían sólo á causa del lazo que los unía á la ciudad. La ciudad era entonces, en lugar de un mero compuesto ó agregado, un todo, del cual eran partes las tribus, las fratrias y las familias. La confederación, en cierto modo, había absorbido á los confederados. La ciudad, hija del gobierno de la familia, había subordinado el gobierno familiar, había usurpado su autoridad, haciendo á los parientes sus súbditos.

60. DECLINAR DE LOS PODERES PROPIOS DE LOS

ANCIANOS.—No poseemos los materiales históricos necesarios, para explicar adecuadamente las causas de esta notable transformación en el orden político; pero podemos darnos cuenta de alguna de las fuerzas que la han provocado. Al juntarse bajo la organización de la ciudad primitiva, los gobiernos anteriores de la familia soberana, perdieron necesariamente mucha de su importancia. Por modo inevitable, la confederación tenía que aminorar la importancia individual de los confederados. No poseían, como era natural, su acostumbrada preeminencia propia, la cual había sido como absorbida en el agregado superior. Por pequeño que haya podido ser el poder de cada grupo familiar, cuando estaba disociado de sus vecinos, su independencia le daba una dignidad, una cohesión, una individualidad, una autosuficiencia que perdía en la asociación estrecha con otros. Luego que la independencia fué aminorada por la confederación, los motivos más acentuados que podían existir en pro de la preservación de la organización familiar, cedieron su puesto ante otros intereses más vastos. La generación que vió formarse la «ciudad», no podía, en verdad, desear que disminuyese de ninguna suerte la importancia de la familia. Los Ancianos de los primeros consejos no abandonaron ni un ápice su orgullo de raza ni su autoridad, creyéndose más reyes que nunca. Y en tales tiempos de cambios forzados en las ideas, durante algunas generaciones, apenas debieron establecerse algunas modificaciones en la materia. Pero, sensible ó insensiblemente, á la larga dejáronse sentir profundas modificaciones en las ideas y en las prácticas sociales. Relegada á un rango subordinado en el orden político, sin sentirse ya obligada á conservar la constitución que fuera esencial en los tiempos en que era un gobierno independiente, la *gens* perdía

gradualmente su unidad estrecha y su compacta estructura orgánica. Sus miembros no saben qué hacer ante los dos señores á quienes tienen que servir; pero al fin acaban por servir realmente á uno solo,—que fué el más fuerte.

61. DESINTEGRACIÓN POLÍTICA DE LA GENS.—Desapareció, pues, la familia como una unidad política, sin duda porque no había conservado funciones propias suficientemente importantes. Fué paulatinamente desintegrada. De cierto, en la religión conservó su unidad durante siglos, sino de hecho, en la forma al menos; pero, por lo demás, presto se prescindió de ella. Sus ramas hicieronse poco á poco independientes entre sí. Sus propiedades no fueron administradas en común, sino divididas cada vez con mayor libertad, teniendo cada vez menos en cuenta la ley de primogenitura, que hacía del primer hijo de la línea directa el único propietario, administrador, en nombre de sus parientes, de las tierras y bienes de la familia. Por último, ese hijo mayor no obtuvo ni aun la mayor parte de la propiedad, sino que tenía que distribuirla por igual con sus hermanos.

La Hélade.

62. GRECIA NO ES LA HÉLADE.—En la idea moderna de los griegos, nos inclinamos, con demasiada facilidad, á considerar á Atenas y á Esparta, como los centros y el resumen de toda la vida de una nación muy varia y de largo desarrollo histórico; nos olvidamos de que existían grandes ciudades helénicas en casi todo el litoral del Mediterráneo; que ha existido una gran civilización en Grecia, en una antigüedad muy remota, mucho

antes de que Atenas y Esparta fueran fundadas; que los griegos se llamaban á sí propios *helenos*, y se consideraban como habitantes, no sólo de la pequeña Grecia, sino de la vasta *Hélade*, cuyas amplias costas habían sido pobladas con colonias de su raza. Donde quiera que los griegos se han establecido como independientes, han fundado por sí su propia civilización, y organizado sus formas características de gobierno; eran como un trozo de la *Hélade*; donde quiera que había un pueblo helénico, había una parcela de tierra helénica. Ni sobre la tierra de Grecia, ni sobre las islas del mar Egeo, ni en la costa de Asia, ni en Sicilia, ni en Italia, ni en Africa se agruparon los helenos bajo una organización política común; en parte alguna conoció su raza la unidad nacional. La *Hélade* designa una región, no una nación.

63. LA EMIGRACIÓN DE LOS PUEBLOS GRIEGOS.— Los griegos se llamaban á sí propios helenos, porque hacían remontar el origen de su raza á Helén, príncipe de los tesalios, que condujera la primera emigración de sus antepasados hacia su parte ulterior. Él era el que había conducido á su pueblo, una gran muchedumbre, hacia la región nordeste de la Grecia clásica, de la cual hizo «La Tesalia», impulsando á los eolios, antes instalados allí, hacia el Sur de la Beocia. De una manera análoga los dorios habían efectuado su movimiento conquistador hacia el Sur, en el Peloponeso, rechazando de su país á los aqueos eolios, los que, lanzados de ese modo, expulsaron á su vez á una población jónica de la región estrecha meridional, abrigada de la costa del golfo de Corinto, á la cual habían de dar su nombre histórico, Acaya. La mayoría de los jónicos, lanzados así de sus primitivos establecimientos del Peloponeso, ganaron el Norte para unirse á los de su raza en el Áti-

ca. Y tal fué la distribución de los pueblos de Grecia, según la encontramos en el período clásico de la historia griega.

64. Pero esos no fueron los primeros movimientos de emigración de la historia griega. Atraen éstos con más fuerza nuestra atención, parecen más claros, en la antigua tradición de la raza y en la historia, de que tenemos algún auténtico recuerdo; pero se han limitado á modificar el estado de cosas antiguo en el pequeño mundo que baña el Egeo. Grecia estaba llena de tribus bárbaras, instaladas doquier, en todas las costas, y en el interior de los valles que cierran sus montañas, mucho antes de que esos conquistadores, venidos del Norte, llegasen á turbarlos; y no sólo de tribus bárbaras, sino de ciudades establecidas aquí y allá, soberbias, en las cuales podían verse las huellas monumentales de una gran civilización oriental. Los fenicios, en una época desconocida, habían llegado sobre sus costas. Inconscientemente habían enseñado á esas tribus egeas á servirse del mar y á comerciar por sí mismas. Sabemos que había marinos en el mar Egeo desde el siglo XIII antes de Cristo. Fueron sus rivales, y, á lo que parece, comenzaron por apropiarse del comercio de su propio mar, y luego, de tiempo en tiempo, avanzaron hasta el amplio Mediterráneo, haciendo concurrencia á los marinos de Fenicia, en sus más antiguos retiros, y en sus lugares más familiares.

65. Sobre la costa occidental del Asia Menor y en todas las islas que bordean el mar Egeo, de las dos costas, ó lo separaban del mar grande hacia el Sur, había también, en esos apartados tiempos, una población semejante á la de Grecia. Si esos primitivos pueblos encontrados por los fenicios eran ó no del mismo tronco griego, los hombres de entonces, llamados helenos,

no podrían decidirlo. Sin duda debía haber allí varias razas, de sangre diferente, entre todos los pueblos de la época. Las unas parecían análogas á los griegos, y se unían á ellos como parientes; otras formaban una casta especial, como si perteneciesen á una raza aborigen, dueña del país aun antes de que los griegos hubieran llegado. Puede ser que las emigraciones de Helén y de los tesalios, de los dorios y de todos los pueblos que obligaron á cambiar de país no hayan sido sino la repetición de otros movimientos anteriores y olvidados. Aca-so las emigraciones griegas primitivas, las conquistas y las colonias, hayan lanzado mucho antes sobre las costas del mar Egeo, sobre las dos costas, un pueblo análogo al de la época histórica. Los troyanos pueden, después de todo, haber sido parientes de aquellos que combatían al lado de Agamenón.

66. LA INFLUENCIA FENICIA.—Los pueblos egeos no olvidaron lo que los fenicios les habían enseñado, y los helenos se aprovecharon, edificando su civilización sobre los cimientos abiertos antes. Los fenicios eran ya viejos, cuando los pueblos de las costas septentrionales del Mediterráneo estaban aún en su primera juventud. Habían comenzado desde el siglo diez y seis antes de Cristo; eran los antiguos entre las naciones de su tiempo. Naturalmente, los griegos aprendieron de ellos como de sus maestros. Y aprendieron mucho. Probablemente aprendieron, de sus primeros señores del Mediterráneo, no sólo el arte de la navegación y de la construcción de naves, sino el uso de pesas y medidas, su alfabeto y mucho de su gusto y de sus conocimientos en artes y ciencias. Esta cultura oriental llegó á ser al fin parte integrante del pensamiento y de los hábitos helénicos, hasta el punto de que difícilmente se puede distinguir el origen extranjero. De tal manera se hizo la

apropiación absoluta, y de tal manera supieron completar, enriquecer y perfeccionar la cultura extraña con su genio.

67. LA SITUACIÓN CONOCIDA DE LOS EGEOS.—Los movimientos de conquista, efectuados por los dorios y tesalios, no se limitaron á cambios de lugar en la población de la península griega. El Ática no podía contener fácilmente la emigración jonia, venida de las costas meridionales del golfo de Corinto, adonde se habían arrojado los aqueos huyendo de los invasores dorios. En su virtud, muchos dejaron el Ática, pasaron el mar y fundaron las colonias jónicas de las costas de Asia Menor, bañadas por el mar Egeo en la parte media. Pero antes, ciertos grupos de aqueos, sin duda aún bajo la acción de las persecuciones de los dorios, habían dejado á Acaya para ocupar las regiones septentrionales de la misma costa asiática. Los propios dorios, venidos del Peloponeso, llegaron al Asia, tomaron posesión de las costas meridionales del Asia Menor y se establecieron en las islas de Creta, de Coso y de Rodas. Realmente, los dorios no habían conquistado la soberanía sino en el Sur y Este del Peloponeso, en Mesenia, en Laconia y en Argolida. Las colonias de las islas meridionales del archipiélago Egeo y de la costa suroeste del Asia Menor completaban de un modo simétrico su posición geográfica. Era como una especie de franja meridional de la Hélade clásica.

Quizá fué en este período cuando los griegos de Europa se establecieron de nuevo en Asia Menor, rehaciendo así las grandes líneas del movimiento griego original que debemos á la leyenda de la guerra de Troya.

68. EL MEDITERRÁNEO GRIEGO.—No fué éste el último movimiento ni la última situación. Los griegos

añadieron al Egeo griego un Mediterráneo griego. Esto lo efectuaron por medio de la notable colonización de los siglos ocho y siete antes de Cristo. Los primeros de muchos de estos colonizadores se encuentran en los habitantes de la Mileto jónica, en Asia Menor y en la Chalcis jonia de Eubea. Mileto llegó á ser la madre de más de ochenta colonias, siendo sus habitantes los que fundaron á Neucrates en el delta del Nilo, Cicico y Sinope, y unas veinte ciudades más en la Propóntide; llegaron aún más allá, hasta las riberas del Euxino. Calcis contribuyó á la prosperidad de las colonias griegas en Sicilia, creó la «Chalcídica» y fundó regiones de Italia. Otros hicieron algo menos en la colonización. Los dorios crearon la gran ciudad de Tarento en la Italia meridional; los aqueos edificaron en la misma costa las ciudades rivales de Sebaris y de Crotona; los corintios establecieron á Corcira más allá de la costa de Epiro y la opulenta Siracusa en Sicilia. Los focios de Jonia se aventuraron más hacia el Oeste y fundaron aquella Masilia que luego fué la Marsella francesa. Masilia á su vez fundó colonias en las costas orientales de España, y sólo la poderosa Cartago pudo impedir que las colonias y la dominación griegas avanzaran más hacia el Oeste. En suma, la característica que distinguía el total proceso mediante el cual el Mediterráneo se fué helenizando en aquel tiempo, era la de que las ciudades engendraban prolíficamente las ciudades. Cada colonia estaba segura de llegar á ser una metrópoli. El proceso fué de dos siglos: desde 750 a. C. hasta 550 a. C. Pero la extensión fué extremadamente rápida; las colonias se desarrollaron con mucha más rapidez, en todos respectos, que las ciudades de las regiones griegas centrales, hasta el extremo de que en el primer siglo que siguió al origen de las Olimpiadas (776-676 a. C.) el «cen-

tro de gravedad del mundo helénico» se había trasladado de la Grecia propiamente dicha, hacia las colonias florecientes. Según la frase de Cicerón, se ciñó un borde helénico á lo largo de las tierras bárbaras que rodeaban el Mediterráneo. De Naucrates, en el Nilo, extremidad oriental, á Masilia, en las Galias, extremo occidental, pasando por casi todas las grandes islas que bordean la costa de Propóntide y del Euxino, así como en todas las costas mediterráneas, que no eran de los fenicios, había activas colonias helénicas, que, imprimían en la vida toda de aquellos tiempos, sus rasgos característicos de energía, de templanza en el gobierno, con el espíritu de iniciativa, atrevido, valeroso en la aventura, y separadas siempre de los pueblos bárbaros que las rodeaban.

69. DISTRIBUCIÓN DE LA RAZA.—La distribución indicada de las diversas ramas de la raza griega no deja de tener su interés histórico. El mar Egeo está rodeado, al Este, al Norte, al Oeste y al Sur, por las colonias jónicas: la Tesalia y las colonias de la costa Noroeste del Asia Menor; eran las únicas que rompían su continuidad, partiendo de la Eubea para volver á la Eubea, por las Calcídicas, la Tracia, la costa oriental del mar Egeo y las islas de Samos, Icaria Naxos, Paros, Tenos y Andros. Al Sur de ese círculo jónico está el semicírculo dorio, que comprende Creta, Carpato y Rodas; luego las islas y costas del Noroeste del Asia Menor. La Italia está ocupada en su mayor parte por los eolios, aunque había una ciudad doria en un extremo y una jónica al otro de la línea de sus colonias. Los dorios y los jonios se distribuían Sicilia.

En todas partes, por próximas que entre sí vivieran, aquellas diversas tribus, conservan la conciencia de su parentesco y el uso de su lengua substancialmente igual, pero revelando notables diferencias de carácter y rivales tendencias.

70. EL SISTEMA COLONIAL GRIEGO.—Poca ó ninguna unidad había entre las ciudades habitadas por las ra-

mas de la misma raza. Ningún sistema de gobierno común existía para las ciudades de una misma región; muy al contrario, en todas partes se mantenían unas separadas de las otras, dotadas de órganos distintos y con dirección propia. La colonización griega fué radicalmente distinta de la colonización que el mundo moderno ha visto, y hasta de la del mundo romano. Una ciudad madre rara vez conservaba acción alguna sobre sus colonias, salvo una muy vaga influencia religiosa, que á menudo era suficiente para disipar las contrariedades circunstanciales. Una vez fundadas las colonias, se convertían en ciudades, en el pleno sentido antiguo del término, completamente independientes, como comunidades autónomas.

La ciudad madre enviaba fuera grupos colonizadores como partes que de ella se desprendían. Los emigrantes llevaban consigo parte del fuego que arde en el hogar público (*prytaneum*), destinado á proporcionar á sus propios altares el fuego sagrado, conservado vivo desde los tiempos más remotos en los ritos religiosos de sus padres. La ciudad madre les daba un jefe que sus compañeros reconocían como fundador de la colonia. Á menudo los emigrantes pedían al oráculo de Delfos su aprobación, y, generalmente, esperaban también la aprobación de los dioses de la ciudad. Si más tarde una colonia quería fundar por sí otra colonia, pedía de ordinario un jefe fundador á la propia madre. Había multitud de lazos de sentimiento con la ciudad de origen. Pero, sin embargo de esto, se convertía desde su nacimiento en un Estado soberano distinto, se afirmaba dueño de sus cosas, con el propio fundamento que la ciudad de donde provenía. El Mediterráneo estaba bordeado, no por un pequeño número de Estados griegos, reunidos como Estados eolios, dorios ó jónicos, sino por una

porción de ciudades separadas, de comunidades en su mayoría tan independientes y, á menudo, tan altivas, como Atenas, y durante mucho tiempo, tan poderosas como ella.

71. CONSTITUCIONES COLONIALES. — Era natural que las colonias conservasen en sus arreglos políticos la mayoría de los rasgos de la constitución de la ciudad madre, y en los períodos primitivos de colonización, el mundo griego puede decirse que no conocía otra organización política que la aristocracia. Los primeros períodos de colonización fueron, es verdad, los períodos de la monarquía, pero de una monarquía en decadencia. En un principio, pues, en casi todas las colonias se produjo, ó reprodujo, una organización aristocrática. Pero ésta estaba destinada, en las nuevas ciudades, á experimentar mucho más rápidos cambios que en los Estados de los viejos países helénicos. Los hombres que fundan las colonias de los siglos octavo y noveno, en su mayoría, habían abandonado la metrópoli oprimida por la tiranía de una minoría oligárquica para encontrar fuera la vida libre. Entre los colonizadores instalados en las regiones puras aún de su propia colonización, obtuvieron condiciones de vida análoga y, además, una falta de autoridad tradicional clara, que hizo que se desarrollase el espíritu democrático, como si hubiera sido el producto natural del suelo y de las nuevas condiciones atmosféricas. La tradición no constituía un obstáculo jamás; todo podía intentarse. Naturalmente, la democracia ganaba más terreno en las regiones lejanas que en las centrales de la Hélade. Atenas hubo de esperar hasta fines del siglo sexto a. C. para verla producirse con las reformas de Clistenes (núms. 141-151), en cambio los Estados nuevos, la vieron muchos lucir un siglo antes.

72. Sin embargo, aunque éstos adelantaran en ese punto á las ciudades madres de la Grecia central, en sus prisas por modificar sus instituciones, las ciudades coloniales, generalmente, tuvieron que atravesar exactamente las mismas fases y períodos de revolución que caracterizan la historia, de evolución más lenta, de Atenas. La democracia fué, por lo general, preparada por la timocracia, mediante modificaciones, tales como las que Solón introdujo en Atenas, y que consistían en dar los privilegios políticos según la riqueza (núms. 128-129). Á menudo también las modificaciones de esta naturaleza iban acompañadas en la colonia, como en Roma (ley de las XII Tablas) y en la mayoría de las ciudades griegas centrales, de una codificación y publicación de la ley. Comúnmente, las democracias daban lugar á tiranías, que, á menudo, como la de Pisistrato en Atenas (n. 138), habían sido elevadas como un baluarte puesto á la reacción aristocrática, sea que un hombre del pueblo fuera levantado hasta allí, de grado ó por fuerza, haciendo fracasar la dominación aristocrática y sometiéndose todos indistintamente á su poder; ó bien que un miembro de la aristocracia utilizase una ocasión favorable para destruir la aristocracia misma, concentrando la autoridad toda en sus propias manos; ó bien, todavía, que un rey constitucional arrollase las prescripciones de la ley, para establecer el reinado de su voluntad. En casi todos estos casos la tiranía tenía un fin útil. Generalmente, aumentaba la unión y facilitaba la resistencia á las agresiones dirigidas desde afuera, contra la independencia de la ciudad; de ordinario favorecía, manteniendo el orden desde el punto de vista civil, el desenvolvimiento de los intereses materiales de la comunidad; muy á menudo servía de lazo de unión entre los privilegios aristocráticos y la soberanía popular, preparando

así los fundamentos sobre los cuales la democracia podía ser más sólidamente levantada.

73. MODIFICACIONES CONSTITUCIONALES DEL DERECHO EN LA HÉLADE.— Vemos, pues, que, en todo el mundo griego, se dejaban sentir las mismas fuerzas en el sentido del cambio constitucional: en todas partes se efectúan substancialmente los mismos cambios y substancialmente en el mismo orden. En todos los casos la monarquía deja su puesto á la aristocracia; la aristocracia se cambia á menudo en timocracia; todos los privilegios exclusivos dan, en su larga carrera, margen á la democracia; pero rara vez pudo la democracia asegurar su triunfo final, sin la intervención del tirano, el hombre que gobierna sin sujetarse á la ley. En algunas de las grandes ciudades helénicas, el período de la tiranía, es el período de mayor poder y prosperidad, y la democracia que luego viene, señala el comienzo de la decadencia y de la pérdida de la independencia. Muchas ciudades del Peloponeso se mantuvieron casi tanto tiempo como Esparta con sus constituciones aristocráticas; allí desapareció con dificultad el privilegio de clase. No hubo ninguna uniformidad ni en la rapidez ni en el carácter político del cambio; pero en todas partes, salvo el caso de un influjo especial de las circunstancias, el mismo fermento de descontento plebeyo, y el mismo fermento de ambición personal, provocan en cada pequeña ciudad independiente, modificaciones similares de organización y de autoridad.

74. UNIÓN Y NACIONALIDAD ENTRE LOS GRIEGOS.— Á pesar del aislamiento de la vida de la ciudad griega, y de su negación celosa de todo poder político, que no fuera el de los ciudadanos de cada comunidad, actuando independientemente y por sí mismos, había una conciencia en el espíritu de todos los griegos de la existencia de una sangre helénica común, de tradiciones comunes, de una religión común y de una civilización. Un sentimiento de nacionalidad, que, aunque vago, era persistente, y, en ocasiones decisivo, hallábase difundi-

do por las ciudades helenas del antiguo mundo mediterráneo y daba á su historia ciertos rasgos de homogeneidad. Las comunidades griegas se distinguían así por su carácter helénico común de todas las demás. Pero sus hábitos políticos innatos y su amplia extensión geográfica, apagaron de hecho, tarde ó temprano, todo movimiento hacia una unión nacional gubernamental.

75 LA COMUNIDAD RELIGIOSA: ANFICTIONIA DE DELFOS.—En religión más que en cosa alguna, es en lo que los griegos afirmaron y demostraron la existencia de su espíritu de nacionalidad. En muchos rincones de la Hélade, las ciudades levantadas cerca de algún famoso templo de Júpiter, de Apolo, de Poseidón ó de otra deidad nacional, formaban una Anfictionia ó Liga de vecinos, destinada á conservar y enriquecer el culto de la divinidad, y á defender sus templos contra la violación y la deshonra. La más famosa y más conocida de esas asociaciones era la que existía alrededor de Démeter Anfiction, en las Termópilas, y del templo de Apolo, en Delfos. En algunos momentos comprendía casi todas las tribus, grandes y pequeñas, de la Grecia central, y en su interior desenvolvimiento admitía también en su seno los Estados dorios del Peloponeso. Su historia se remonta á una época anterior á la de la tradición auténtica; pero lo probable es que durante cierto período haya alcanzado un influjo político considerable. Su primer objeto fué dirigir el culto común de Apolo, conservar el oráculo de Delfos en su sagrada independencia, mantener contra las invasiones el territorio situado alrededor del templo consagrado á las cosas religiosas. Tenía asambleas regulares compuestas de delegados de los demás Estados de la Liga, una organización oficial permanente, reglas fijas de procedimientos y un antiguo prestigio.

Á las reuniones semestrales de la Liga, celebradas al principio de la primavera y del otoño en las Termópilas y en Delfos, acudía un número considerable de griegos de todas las partes de los Estados centrales de la Hélade, para participar en las fiestas dadas en honor del dios, aprovechando la ocasión para los asuntos del comercio.

76. Pero la igualdad de votos concedida á las grandes y á las pequeñas tribus en la votación del Consejo de la Anfictionia, impidió muy pronto que sus decisiones fueran indiscutidas por todos, aun desde el punto de vista de la política internacional. Los miembros más poderosos de la Liga no se resignaron, naturalmente, á obedecer la orden dada por los más pequeños. Instituyéronse entonces reglas según las cuales cada Estado de la Liga se comprometía, bajo juramento, á no destruir una ciudad de la Liga, á no cortarle las aguas corrientes, á unirse francamente con los demás Estados en el caso en que se tratase de proteger el templo de Delfos y, por lo demás, á observar, por lo menos en los límites de la Liga, una conducta llena de humanidad, tanto en paz como en guerra, á fin de cooperar fielmente, con los demás Estados, cuantas veces estuviese interesado el culto de la divinidad á nombre de la cual se había formado la asociación. En la constitución de las leyes de Delfos había los gérmenes de una unidad nacional y de una inteligencia moral internacional. Pero nunca llegaron á desenvolverse. La fuerza disociante de la política griega, fué harto grande para que la aniquilaran las débiles fuerzas de la religión.

La Liga de que se trata no tuvo quizá jamás un carácter cerrado. Durante el período central, más célebre en la historia helénica, el influjo de la Liga desapareció en absoluto de la política; y cuando más tarde reapareció, sólo fué para lanzar á Grecia en

las «guerras sagradas», que dieron á Macedonia ocasión para destruir la independencía griega, y en cuya división no se presenta huella alguna de ningún proyecto profano ó religioso de Anfictionado.

77. EL ORÁCULO DE DELFOS: SU INFLUENCIA. — Sin embargo, el oráculo de Delfos, para la protección y honor del cual se había organizado la Anfictionia, ejerció su influjo duradero en la vida griega desde un extremo á otro de la Hélade. Su templo se llamó «el corazón común de la Hélade», el centro hacia el cual iban la fe y el respeto de la gran familia griega, como al foco de su religión, al símbolo de la unidad. Los romanos— aun los del imperio—consultaban el oráculo; tan grandes eran su renombre y su autoridad, que en el mundo griego, nada importante se emprendía sin pedir su aprobación. Las respuestas, en general, en caso de dificultad ó de diferencia entre dos Estados potentes, estaban concebidas con gran sabiduría y circunspección. Los que hablaban á nombre de los dioses, habían adquirido una facilidad y una felicidad de expresión extraordinarias, para emitir respuestas de doble alcance, pero muy sabias, que en todo caso dejaban á salvo la reputación del Oráculo, á causa precisamente de la doble interpretación posible. Aunque el influjo del Oráculo bajó grandemente, como el de todos los de la vieja religión, en los últimos períodos de la historia helénica, su poder fué muy lento en desaparecer por entero. Su autoridad, como fuerza enderezada á provocar la nacionalización, debe estimarse como una de las más importante en la historia de los griegos.

78. AGREGACIÓN POLÍTICA: SUPREMACÍA AQUEA.— La cohesión política que aquí y allá alcanzaron las ciudades helénicas, no tenía por causa la comunidad de sentimiento religioso, sino la acción impulsiva de algún dominador, ó de la aristocracia agresiva de una ciudad. La historia de la guerra de Troya, nos proporciona el ejemplo de la única especie de imperio que pudo producir la política griega; la supremacía de una ciudad griega sobre muchas otras. Agamenón, rey de Micenas,

fué el jefe de los griegos en su lucha contra los troyanos, porque Micenas era el primer Estado de Grecia. Micenas, situado en el interior de la región noroeste de la gran planicie peninsular de la Argólida, y Tiro, situada precisamente en la abertura del golfo argólico, eran las ciudades dominantes en el mundo griego de esta antigua época. Edificadas, sin duda, por emigrantes venidos de Frigia, figuraron, sin embargo, en la época homérica como las primeras ciudades aqueas de Peloponeso. El papel desempeñado por los aqueos en la expedición contra Troya, es tan preponderante que Homero, repetidas veces, emplea la palabra «aqueos» para designar los griegos. Las tribus venidas de todos los rincones del territorio griego reconocían al rey de Micenas como su jefe natural, porque éste dominaba á Esparta, Argos, Corinto y todas las demás ciudades del Peloponeso, y estas comunidades aqueas del Peloponeso eran las más poderosas de Grecia.

79. EL PODER CRETENSE.—De un carácter análogo fué la supremacía que se dice estableció en Creta su rey y legislador mítico Minos. En un momento dado de esta edad heroica, á cuyo acontecimiento no es posible señalar una fecha cierta, Minos, soberano de Nosos en Creta, no sólo según los griegos, extendió su poder sobre un gran número de ciudades helénicas de la isla, sino que se constituyó un verdadero imperio sobre las numerosas islas del mar Egeo meridional; construyó una flota que persiguió á los piratas de este mar, y dió á las ciudades colocadas bajo su dependencia un sistema de leyes, el prototipo de las que luego fueron las famosas leyes de Esparta.

80. LA SUPREMACÍA DE ARGOS.—Más tarde, Argos adquirió también ascendiente temporal en el Peloponeso. Bajo Fidón, un sucesor directo de los heráclidos y legítimo representante de la supremacía doria, hombre

de iniciativas imperiosas y de habilidad para el mando, Argos dominó las ciudades de la Argólida, y además, durante algún tiempo estuvo al frente de todo el Peloponeso. Fidón se sirvió de su poder para substituir á Elis por Argos en la presidencia de los juegos olímpicos.

81. JUEGOS Y FIESTAS: EL ESPÍRITU HELÉNICO.— Presidir en Olimpia era como presidir por el momento toda la Hélade: porque en parte alguna el espíritu panhelénico hablaba con la fuerza que en Olimpia. Cada cuatro años reuníanse allí los griegos de todos los lados del mundo heleno para celebrar sus juegos en honor de Júpiter, su deidad nacional. Con igual frecuencia el mundo griego enviaba también á Delfos, á los grandes juegos píticos, en honor de Apolo, muchedumbre de espectadores, sus atletas más distinguidos, sus poetas, sus historiadores y sus músicos. Cada tres años el Neptuno jónico se celebraba con un esplendor casi igual al de los juegos ismicos, presididos por Corinto. Júpiter tenía además sus famosos juegos y sus ceremonias cada tres años en Nemea y Argólida. Pero ninguna fiesta tenía la celebridad y el influjo de los juegos organizados cada cinco años en Olimpia, en Elida. Los griegos contaban por «olimpiadas», es decir, por períodos de cuatro años, entre dos fiestas sucesivas en Olimpia. Ganar un premio en los juegos olímpicos era ganar la inmortalidad. Allí los poetas leían sus poemas á quien quería oírles. De todas las ciudades griegas importantes se enviaban embajadores, por lo menos de la Grecia continental, para tomar solemnemente parte en las ceremonias que demostraban el carácter religioso de la reunión. Los que no eran griegos podían asistir á las fiestas, pero nadie que no demostrase que era de pura sangre helénica, y que no tenía ningún sacrilegio de que culparse, podía participar de los concursos. El

período de los juegos era un período de paz, de tregua: cesaba toda guerra cuando los griegos daban esta prueba de su espíritu nacional común, de su unidad de raza en la religión. Nunca se ponderará bastante el influjo moral y político á la vez, de estas fiestas. La persistencia y entusiasmo con los cuales fueron celebradas durante mil años, revelan de un modo terminante su importancia en la historia nacional griega.

Pero aunque hablan de un espíritu nacional, no han afirmado la unidad política. Sólo la fuerza, ó el interés personal, ó las armas, han podido constituir esas uniones temporales, efímeras, de las ciudades griegas, que en diversas épocas, ha parecido que momentáneamente daban á las numerosas secciones del mundo helénico, la posesión de los mejores y más nacionales métodos políticos.

82. LA CONFEDERACIÓN DELIANA.—La más célebre y, en sus primeros días, la más llena de promesas de las combinaciones que producían un cierto grado de unión helénica, fué esta confederación. Para resistir á las invasiones persas de 490 y 480 a. C., las ciudades de la Grecia europea tomaron como su directora á Esparta. Pero las dos campañas dieron por resultado colocar á Atenas en primer término, con la representación más efectiva de la independencia griega, y la marcha que los asuntos tomaron desde que fueron rechazados los invasores de Grecia á consecuencia de Maraton, Salamina y Platea, hizo de Atenas el único jefe posible. Inmediatamente después de esta victoria, los Estados helénicos del mar Egeo, se juntaron á los del continente, para aprovecharse de las ventajas militares obtenidas, y para arrojar á los persas fuera de la Hélade asiática, como los habían arrojado de la europea, y en este movimiento, al igual que en la defensa de la península, se

puso al frente Esparta. Pero pronto advirtió Esparta que su situación preponderante, amenazaba suscitar generales cuyo poder personal podía ser muy peligroso, para su constitución aristocrática. Además, no estaba colocada, ni por su posición ni por su constitución política, en condiciones de desempeñar las funciones de un Estado naval, y sólo una potencia naval podía conducir á los Estados egeos en su lucha contra el enemigo común; la virtuosa Esparta se ocultó y Atenas llegó á ser su natural sucesor en la hegemonía.

83. Así resultó una reforma de la Liga, ó más bien, la formación de una nueva Liga. Esta fué la Liga de Delos, constituída hacia el 475 a. C. Comprendió la mayoría de los Estados jonios del archipiélago y de la costa asiática. Se eligió Delos para guardar su tesoro y como lugar para sus asambleas, no sólo á causa de su posición central práctica, sino también á causa de que poseía uno de los más antiguos y más venerados templos de Apolo, y así podía proporcionar á la Liga el fundamento religioso, indispensable; en la idea de los griegos, para la constitución de las confederaciones. Alrededor del templo de Delos se agruparon los confederados como una anfictionia. La organización se realizó bajo la sabia y eminentemente conservadora dirección de Aristides, y prometía ser eficaz. La Liga tenía un tesoro, alimentado por las contribuciones exigidas á todos aquellos de sus miembros, que no podían proporcionar por sí propios hombres y navíos para la flota confederada: el tesoro lo administraban funcionarios permanentes—*Hellenotamiae*, —formados en Atenas: su asamblea se reunía en fechas determinadas; mantenían constantemente una gran flota sobre el mar, y en todos los aspectos fué la más compacta, la más enérgica, la más eficaz de las combinaciones políticas que hubo en la Hélade.

84. EL IMPERIO ATENIENSE.—Pero el carácter de confederación de esta combinación desapareció muy pronto. Primeramente Atenas había tenido no sólo la presidencia, sino también la dirección de la Liga. Sus ciudadanos administraban su tesoro, mandaban la flota confederada; su potencia material y su capacidad política sobrepujaban grandemente la de los otros confederados. Muchos de estos últimos, por otra parte, no obraban sino por su intermedio, prefiriendo proporcionar dinero á darse el trabajo de equipar hombres y navíos, y Atenas no hacía á esto objeción alguna. En realidad colocaba los fondos en sus cajas, y no sentía escrúpulo por usarlos para pagar las magníficas construcciones y las admirables obras de arte con que, siendo Pericles el director de su política, adornaba sus tierras. En todo caso, el dinero de la confederación servía para arreglar la hacienda de Atenas. Cuando los miembros de la Liga trataron de impedirlo, Atenas les obligó á someterse y á pagar un pesado tributo por haberse atrevido á reclamar, ó bien á acomodarse á la inmediata dirección de Atenas. En los últimos tiempos de la Liga, viéronse los funcionarios atenienses encargados de la vigilancia de muchas ciudades, las cuales habían sido miembros iguales con Atenas de la confederación, y, en algunas, guarniciones atenienses. Cuando era necesario ó útil, Atenas ampliaba la dirección celebrando nuevos tratados especiales con las ciudades más fuertes, bajo su hegemonía. La confederación delia llegó á ser así un imperio ateniense.

Los recursos sacados de este imperio fueron los que hicieron la hacienda de Atenas tan próspera en los tiempos de Pericles; y en esta gran situación de la hacienda hay que ver, probablemente, la causa de su política de pagar al pueblo (núm. 155) y de

la tolerancia de las clases ricas de los ciudadanos, y lo que impidió manifestarse, desde luego, las nefastas consecuencias de semejante política.

85. LA GUERRA DEL PELOPONESO: OLIGARQUÍAS CONTRA DEMOCRACIAS.—Apenas se había asegurado este imperio cuando el celo de Esparta dió al traste con él. La guerra del Peloponeso tuvo lugar con el pretexto de que Atenas había tomado el partido de Corcira contra Corinto, ciudad madre de Corcira; pero realmente la causa era que el poder de Atenas había llegado á ser demasiado grande para soportado por los Estados del Peloponeso. Además, la mayoría de los Estados poderosos del Peloponeso tenían constituciones oligárquicas ó casi teocráticas, mientras Atenas era la representación y encarnación de la democracia. Era, pues, inevitable que el Peloponeso, con Esparta á su cabeza, atacase la supremacía ateniense.

El resultado de la guerra fué la supremacía de Esparta. Pero ésta se sirvió de su poder no para unificar, sino para humillar á Grecia. Puso guarniciones y gobernadores militares—*harmosts*—en toda ciudad convicta ó sospechosa de tibieza ó de desafección. Era imposible que la Hélade egea pudiera mantenerse por mucho tiempo unida mediante los procedimientos odiosos de una tiranía tal. Así Esparta presto perdió su ascendiente.

Por otro lado, Atenas había recobrado poco á poco mucho del poder perdido; formó en su torno una nueva Liga más vasta que la primera, comprendiendo en ella, no sólo la mayoría de sus antiguas aliadas, sino también no pocas repúblicas dorias y eubeanas, y durante algún tiempo hasta los príncipes de Macedonia y Tesalia; instruída por una dura experiencia, condújose con una rara moderación, y tuvo la satisfacción extraña de ver

no pocas veces las flotas del Peloponeso rechazadas del mar Egeo. Esparta tuvo que darse por contenta con ser la primera de las oligarquías, abandonando el principal papel en Grecia á los demócratas.

86. Por esta época Tebas, de golpe y por corto tiempo, elevóse hasta la supremacía, gracias al genio de Epaminondas que, no sólo batió por completo á los espartanos en Leuctra—371 a. C.,—sino que hizo radicales y enérgicas modificaciones en la política del Peloponeso.

87. MACEDONIA. — Era cosa probada que ninguna ciudad griega podía conseguir unificar al pueblo griego: confederaciones y supremacías eran efímeras. Correspondía á Macedonia y á Roma hacer lo que aquél no podía hacer por sí mismo. Los macedonios eran, en cierto modo, primos de los griegos, pues tenían mucha sangre helénica en las venas, aunque no sea posible determinar la cantidad. Eran parientes bastante próximos para comprender perfectamente el carácter griego y su política, así que, no tiene nada de extraño, que pensaran en hacerse los dueños de Grecia. Filipo de Macedonia sabía muy bien cuál era su objetivo preciso, dióse cuenta clara de los medios para alcanzarlo y avanzó hacia él con habilidad suma, con fuerza y con un éxito feliz. Primero conquistó las ciudades griegas que estaban más al alcance de su mano, luego intervino en una «guerra sagrada»—guerra en la Anfictionia de Delfos—la cual desgarraba á Grecia, y tomó parte en la lucha como una potencia griega; más tarde, volviendo á sus designios, deshizo á Atenas (Queronea, 338), redujo á Esparta á la impotencia, y apoderándose de la presidencia de la Anfictionia, realizó con los Estados de la Grecia europea una Liga que constituía en realidad un imperio mace-

donio. La Grecia central vióse al fin preparada para una empresa nacional: la helenización del Oriente.

88. LA HELENIZACIÓN DE ORIENTE. — Esta helenización siguió á la conquista de Alejandro el Grande. Alejandro combatía á Persia como jefe y representante, pues era el dueño de los griegos europeos. Sus ejércitos eran griegos, puramente griegos en su gran mayoría, y las regiones que conquistó fueron por esto abiertas á los griegos. El propio Alejandro no vivió tiempo suficiente para establecer de una manera permanente el influjo griego sobre la civilización oriental, aunque despejó los obstáculos que se oponían á la extensión y al predominio de las artes y de las ideas de Occidente, y creó en sus grandes líneas la organización política que permitiese á este influjo griego dominar Siria y Egipto. Los grandes cambios que debían crear el Oriente helénico, verificáronse bajo sus sucesores, los Diadocos, en medio de las guerras con que procuraron establecer sobre bases sólidas, todos sus reinos greco-bárbaros independientes. Naturalmente, la cosa era muy fácil en Asia Menor, en donde puede comprobarse una rápida helenización; pero hasta en Siria y Egipto fueron grandes los progresos: la fundación de ciudades griegas, como Antioquía y Alejandría, prueba su fuerza y vigor; del propio modo el influjo griego extendióse por una buena parte del país que bordea el Mediterráneo.

89. Sin embargo, el Oriente no se hizo enteramente griego en el sentido mismo de la palabra, que las costas egeas del Asia Menor, que habían sido griegas durante tanto tiempo. Los griegos, aunque lograron ser muy numerosos y fácilmente predominantes en los nuevos reinos, probablemente no llegaron á constituir la mayoría de la población. Por otro lado, no eran los grie-

gos en su mayoría admitidos á concurrir á los juegos olímpicos. La supremacía de Macedonia y las conquistas orientales habían producido una nueva raza griega, que tomó de los macedonios y de los bárbaros mucha de su sangre y de sus hábitos. Esta raza era, desde ese punto de vista, muy apta para establecer una nueva civilización—la cual sabría poco de la antigua libertad griega ó variedad, — una civilización griega orientalizada. No se contenía únicamente en sus características exclusivas, como la helénica pura; estaba abierta, á las influencias de afuera, aceptando compromisos y sometiéndose á directores.

90. Los reinos macedonios realizaron la amalgama del Oriente y le dieron aquella individualidad que, luego que el dominio romano se extendió hasta él, debía permitirle además ocupar un lugar aparte en el sistema romano y, por último, salir de ese sistema bajo la forma de un imperio distinto, separado, de un todo sustantivo: el Imperio de Oriente (239-240).

Cuando Constantino trasladó su capital de Roma á Bizancio naturalmente se llevó el centro de gravedad de la región latino-teutónica hacia el lado griego del imperio. En los tiempos de Justiniano, el griego era la lengua dominante, y los principales funcionarios imperiales eran los griegos.

91. Las antiguas ciudades griegas de la costa egea del Asia Menor habían sido preparadas por su historia primitiva para dar fácilmente con un sistema análogo al establecido por Macedonia. Habiendo desconocido ellas mismas la fuerza que proviene de la unión, habían sucumbido una tras otra, primero á la Lidia semibárbara y luego á la Persia totalmente barbara. No era cosa nueva para ellas, como para Atenas y Tebas y Esparta,

lo de llegar á ser materialmente, en manos de un conquistador, parte constitutiva de un imperio.

92. LA LIGA AQUEA.—El período de la supremacía macedonia, aunque vino al declinar final de la libertad griega, sin embargo, fué uno de los más brillantes ensayos de una acción nacional por parte de los griegos. Los aqueos, que nunca, después de la edad heroica de la expedición á Troya, cuando habían sido los jefes de toda la Grecia (sec. 78), se habían quedado atrás en la historia helénica, obraron sobre su propio desenvolvimiento, en medio de la paz y prosperidad relativas de que gozaban en la Acaya, para tomar de nuevo la iniciativa hacia el fin de la historia griega. Las ciudades aqueas habían, desde tiempo inmemorial, obrado de concierto bajo una especie de asociación política; pero su unión no adquirió importancia en la historia política griega hasta el año 28 a. C. Este año y el anterior varias ciudades aqueas tomaron con empeño lo de rechazar á los macedonios, sus amos; se liberaron por sí mismas, se prestaron un auxilio mutuo é hicieron causa común en pro de su libertad. El espíritu de las otras ciudades se animó con el ejemplo, y el movimiento cundió. Pronto todas las ciudades aqueas se hicieron libres y la Liga aumentó su importancia. Sicyon, que no era una ciudad aquea, hizo causa común con ellas, y en la persona del valiente Arato les dió su jefe, que había de llegar á ser famoso y potente. Bajo su dirección, la Liga desempeñó un papel muy activo, librando á Corinto y á las ciudades vecinas de sus tiranos. Año tras año aumentaban las adheridas á la Liga, hasta comprender á Megara, Trecena, Epidauro, Megalópolis y por fin Argos. Durante medio siglo sirvió como órgano admirable del espíritu nacional de los griegos. Durante un siglo tuvo un influjo considerable; pero, claro es, al fin aca-

bó, como todo lo demás, por ser arrollada en el torbellino de la conquista romana. Y puede decirse que ésta fué la última palabra de política griega.

93. Y en su constitución hay mucho de notable para el político. Aquella constitución ofrecía quizá al mundo el ejemplo de un arreglo federal. La Liga actuaba á través de una asamblea que se reunía dos veces al año y la cual estaba encargada no sólo del nombramiento de los funcionarios confederados, sino también de la suprema dirección de todo asunto relativo á las relaciones exteriores de todas las ciudades de la Liga, aun en el supuesto de que se tratase no de un asunto general, sino de uno de interés local. La tarea de la asamblea se preparaba por un consejo—βουλή,—acaso permanente. Sus funcionarios eran primeramente dos generales—*estrategas*,—y luego un general y un jefe de caballería, llamado *hipparchus*, así como un cierto número de oficiales, un secretario público—γραμμειεὺς—y un comité ejecutivo permanente de diez, llamado *demiurgos*. El consejo de funcionarios ejecutivo se cree que presidía las sesiones de la asamblea.

94. Sin duda éste fué el mejor instrumento que los griegos conocieron para una acción nacional concertada. Sus principales defectos estaban en la composición y en el procedimiento de la asamblea. Este cuerpo estaba, en teoría, compuesto por todos los hombres libres de las ciudades de la Liga, que habían cumplido treinta años de edad. De hecho, como es natural, comprendía todos los ciudadanos de treinta años de la ciudad en que se reunía--de ordinario Egium y luego Corinto—y de los ciudadanos de las otras ciudades que tenían tiempo y medios para asistir. El mundo antiguo no conoció nada parecido al principio de la representación, que ha resuelto tantos problemas en la organización política

de los germanos. Los votos en la asamblea se contaban por ciudades, y no por mayoría de votos de los ciudadanos libres presentes. Los pocos hombres que, llegados de una ciudad lejana, asistían por casualidad á la asamblea, imponían la ley á los demás; la delegación más pequeña tenía un voto igual que la más numerosa y, sin embargo, ninguna regla fija obligaba á considerar el voto de una delegación tan importante como el de otra.

95. LA LIGA ETOLIA.—El mismo período vió constituirse otra Liga, de un lado contra Macedonia y de otro contra las ciudades aqueas; su organización se parecía tanto á la de la confederación aquea que puede estimarse, dado esto, que en Grecia predominaban concepciones comunes, ó á lo menos hábitos comunes, en cuanto á asociación política. La Liga etolia, como la aquea, tenía su asamblea general de hombres libres; la tarea de esta asamblea se preparaba por un comité cuyas funciones se parecían á las del Consejo aqueo; el jefe ejecutivo de la Liga era un *estratega*, su compañero en el mando se denominaba *hipparco*, y para los tratados había un secretario público—*grammateus*.

96. Pero no hay para qué insistir demasiado en estas semejanzas. Sabemos menos sobre la vida positiva confederada de la Liga etolia que de la aquea, y lo que sabemos revela ciertas importantes diferencias entre las dos asociaciones. La Liga etolia no era una confederación de ciudades, sino una confederación de tribus. La dirección propia dada á la Liga por los etolios no se parecía á la de las ciudades aqueas. Los etolios habitaban una región cercada de montañas impenetrables, á la cual podían retirarse y desafiar todo ataque exterior. Su natural agresivo é irrefrenable, les hizo aprovecharse de la vecindad del mar, para ejercer con éxito la pi-

ratería. Su poder, y su iniciativa enérgica, les procuró una especie de imperio; en ciertos momentos, el Epiro meridional, la Acarnania occidental, la Tesalia, Locris, Focis y la Beocia estaban comprendidos en la Liga, que tenía aliados hasta en el Asia Menor y en la Propóntide. Se «apoderó por entero de la dirección del Oráculo de Delfos y de la asamblea de la anfictionia». Su jefatura ó dirección era puramente militar, ofreciendo puntos salientes de contraste, en lo referente á los medios de asegurar su propia paz y libertad, con los confederados aqueos.

97. Todo hombre libre de treinta años de edad era de derecho miembro de la asamblea de la Liga. Esta asamblea no se reunía sino una sola vez al año, en otoño, en Thermum, y se componía, claro, únicamente de los que podían acudir á ella, esto es, de pocos.

La asamblea no elegía el *Estratega* de la Liga, sino una lista de nombres para la función, entre los cuales se sorteaba aquél.

Este funcionario no tenía un Consejo, como en Acaya, y presidía las reuniones de la asamblea confederada, atribuyéndosele, además de sus funciones militares, ciertas otras civiles y representativas.

La Liga etolia fué, naturalmente, deshecha por el torbellino de la conquista romana.

98. ROMA Y LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE.—La Hólade occidental, después de haber sido atacada en algunos puntos por Cartago, fué absorbida por Roma, antes de que la ciudad imperial hubiera enviado sus ejércitos, para intervenir en la lucha de las facciones de la Grecia propiamente dicha. Roma adquirió las ciudades de la Magna Grecia cuando completó la conquista de la península italiana, en 272 a. C. Sicilia, con sus establecimientos griegos y cartagineses, fué conquistada en 241 a. C. y constituida como provincia romana en 227 a. C. Las demás colonias occidentales de los griegos de las costas de España y de las Galias fueron también anexionadas.